

mosura en la edad perfecta, esos gérmenes habían de producir la belleza perfectísima propia de una Niña divinizada desde el primer momento de su purísima concepción, puesto que aquella belleza no es más que el desenvolvimiento de la adquirida en la primera formación del sér.

La belleza tiene distintas facetas, y siempre admira cuando es verdadera, y admira más cuanto es más intensa. Suma siempre la belleza de la Stma. Virgen, siempre es asombrosamente admirable. Pero en la infancia aquella hermosura, que glorificada es una de las dichas de los bienaventurados, tiene la delicadeza, la ternura, el encanto de la edad infantil, en la cual, si todos parecen ángeles, la Stma. Virgen debió parecer hija natural del Espíritu Santo.

Yo me atrevería a decir que en la infancia de la Stma. Virgen debieron darse momentos en que resplandeciera su belleza mucho más que en época alguna de su vida.

Los contrastes elevan la belleza a lo sublime, y cuando los elementos que se unen son entre sí menos proporcionados y mejor se combinan para que más se destaque el contraste, mayor es el grado de sublimidad que adquiere la belleza.

Contraste que nunca podrá explicarse el hombre, habrá siempre entre María criatura y María Madre del Creador. Contraste que, suponiendo un alma grandísima reaccionará ésta y tendrá sus reflejos en el cuerpo, que los recibirá mejor cuando esté en la plenitud de su perfección. Pero entre los reflejos de un alma la más grande de las puras criaturas, que desde que es criada recibe más gracia que tendrán todos los bienaventurados juntos en la consumación de los siglos, y un cuerpecito infantil, aunque sea tan delicado y perfecto como el de la Divina Infantita, hay desproporción casi infinita, y al querer manifestarse aquella alma, y reaccionar sobre su cuerpo, tan marcadísimo aparecería el contraste que habría momentos de destellos divinos, quedando todo el cuerpecito envuelto en sublime